



El sueño del Okavango

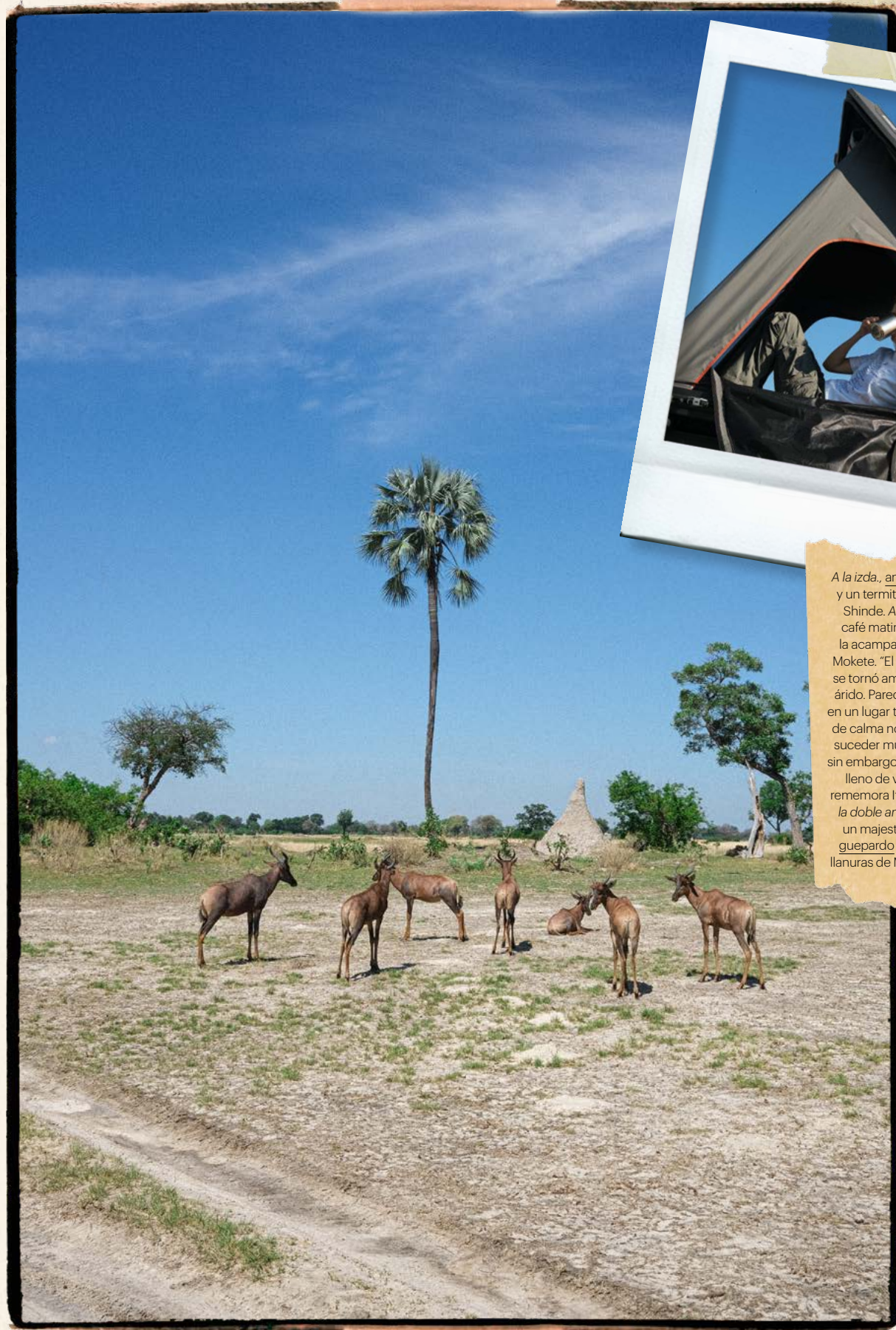
DOS AMIGAS Y UN DESTINO. IRINA ISASIA E ITZIAR AGUILERA RECORREN,

JUNTO AL EQUIPO DE AVENTURA ÁFRICA, LOS RINCONES MÁS ESPECTACULARES

DE BOTSWANA. UN VIAJE PARA DESCUBRIR LA DIVERSIDAD DEL PAÍS

Y SUS ESFUERZOS POR CONSERVAR SU PATRIMONIO.

Fotos y texto **Irina Isasia** e **Itziar Aguilera**



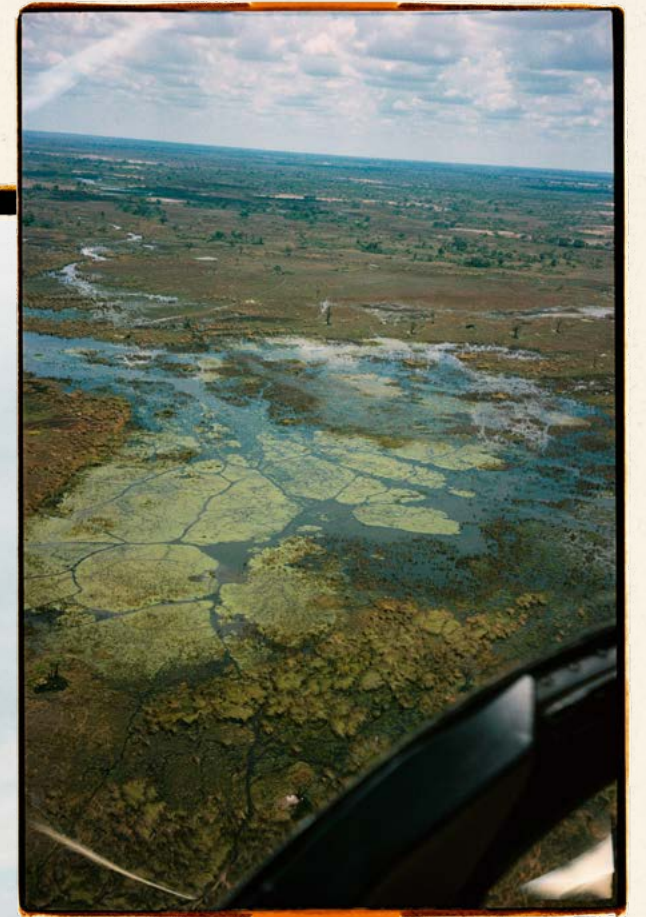
A la izda., antilopes y un termitero en Shinde. Arriba, café matinal en la acampada de Mokete. "El paisaje se tornó amarillo y árido. Parecía que en un lugar tan lleno de calma no podía suceder mucho y, sin embargo, estaba lleno de vida", rememora Itziar. En la doble anterior, un majestuoso guepardo en las llanuras de Mokete.



Arriba, Itziar y los leones. Abajo, de izda. a dcha., picnic en Shinde; y un león mira a Itziar durante el safari en Mokete. "Una de las escenas más impresionantes del viaje fue cuando un león enorme, buscando la sombra, se paró a la altura de mis pies. Escuchaba su respiración, casi lo podía tocar, y nuestras miradas se cruzaron. Fue fulminante".



Abajo, de camino a Shinde en avioneta, Irina lleva camiseta de The North Face x IKB y bolsa de Aventura África. "Cuesta encontrar las palabras para definir este viaje, parece un sueño. Tras muchos aviones, avionetas y helicópteros, empezamos a avistar hipopótamos sumergidos en los pequeños canales".



De arriba abajo, vistas desde el aire, los senderos de los animales y uno de los lodges en Mokete.

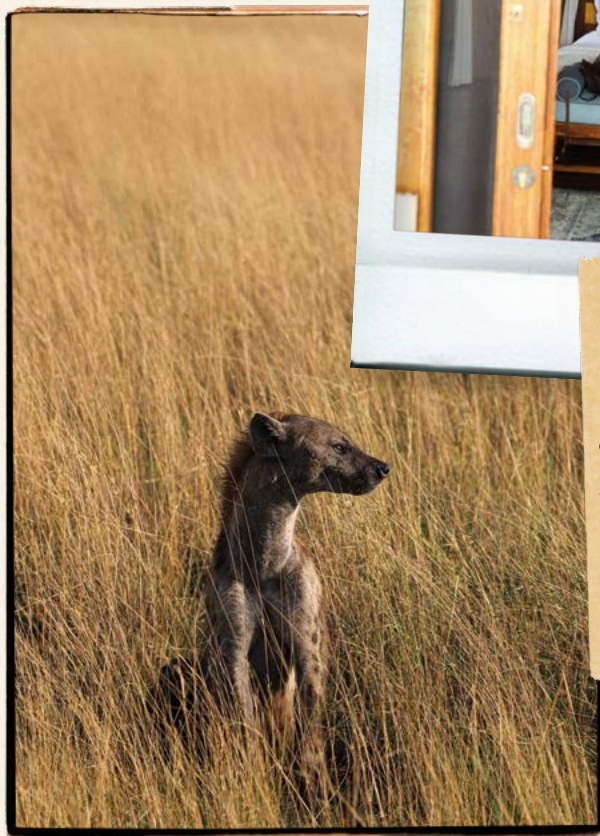




Arriba, de izda. a dcha., visita a Claws Conservacy; y en busca de leones en Mokete. Irina lleva camiseta de The North Face x IKB y gorra de Aventura África. Abajo a la izda., Shinde. A la dcha., cebras y guepardo en Mokete.



Arriba, Jan Lutzeyer, co-fundador de Aventura África; y primer atardecer en Shinde. Itziar lleva camiseta de El Corte Inglés, pantalón de Something to Hold y cinturón de Mango. Sobre estas líneas, a la izda. y la dcha., detalles de la experiencia en Shinde.





Arriba, belleza animal en Mokete. Abajo, noche de hoguera y un café en medio de la sabana. Itziar lleva chaleco y cinturón de Mango, y pantalón de Something to Hold. "La acampada nocturna fue mágica, con el cielo más colosal que habíamos visto nunca y la luna llena. Pensé que tendría miedo y, sin embargo, me sentí una niña descubriendo el mundo. Cenamos unos bocatas alrededor del fuego con las cigarras chillonas como música de fondo. El coche circulaba suavemente como si estuviéramos en la luna, y vimos a unos hipopótamos zambulléndose en el agua".



Y, DE REPENTE, estábamos en un avión rumbo a Botswana. Todo comenzó como las mejores historias, entre bocado y bocado. Fue durante una comida en Madrid cuando Jan Lutzeyer, uno de los fundadores de Aventura África, me transmitió por primera vez su pasión por el delta del Okavango. No fue necesaria mucha retórica para convencerme. De hecho... no hizo falta absolutamente nada. Si Jan, que vive en Grootbos, uno de los lugares mas bellos de Sudáfrica (y del planeta), afirma que Botswana es inigualable, cómo dudarlo. Tres meses más tarde despegaba nuestro vuelo. Y digo “nuestro” porque viajé con mi querida amiga Itziar Aguilera. Le insistí una y cien veces en lo que nos esperaba, en el alma que pone Aventura África, una agencia mitad sudafricana y mitad española, en todo lo que hace. Y no me equivoqué. Esta es la crónica de un viaje extraordinario.

Nuestra aventura comienza en Maun, centro operativo del turismo en el delta. Esta pequeña ciudad norteña es, habitualmente, un *pit-stop* para los viajeros que hacen escala en el pequeño aeropuerto antes de subirse a una avioneta que les llevará a su destino. En lugar de volar directamente hacia el delta, pasamos una noche en la ciudad y visitamos este preludio urbano a lo salvaje. Todoterrenos, arena y sombreros dignos de *Mogambo* materializaron la emoción palpitante de lo que nos aguardaba.

El espectáculo comienza mucho antes de aterrizar. A medida que nos acercamos al delta, el paisaje se torna inaudito: verdes intensos se entremezclan con arenas y ocre del desierto en una llanura multicolor atravesada por miles de vetas y ramificaciones de agua, como si de un inmenso sistema nervioso se tratase. Más adelante descubriremos que estas líneas son los senderos que crean los animales al atravesar el agua, una memoria de sus travesías y migraciones. “Si miráis con atención, los veréis”, dice Jan sin apartar la mirada de la ventanilla. De pronto, cada mancha oscura, cada mota marrón adquiere un nuevo significado. Elefantes, cebras, jirafas, impalas... Descendemos sobre una lengua de tierra en medio de la llanura y nos dirigimos hacia un bosquecillo donde aguarda nuestra primera parada: el campamento de Shinde, de Ker & Downey, uno de los mas antiguos operadores de safari en Botswana.

Shinde está construido no solo dentro del bosque, también encima de los propios árboles. Una serie de tiendas de lienzo color caqui y madera, conectadas entre sí por pasarelas y rampas elevadas, conforman este pequeño oasis en medio del *bush*, como los guías denominan a la sabana africana. Allí nos recibe cariñosamente Kim Nixon, jefe de operaciones de Ker & Downey y una de las figuras pioneras en el turismo de Botswana. Con el sonido de las cigarras de fondo, Kim procede a explicarnos qué hace del delta uno de los fenómenos naturales más extraordinarios del planeta. Todo comienza con la lluvia. Esta se acumula en las altas mesetas de Angola y fluye a través del cauce del río Okavango, el cual atraviesa fugazmente Namibia hasta finalmente llegar a Botswana. Y aquí viene lo curioso: el delta del Okavango no desemboca en el mar, sino que lo hace en un desierto. Esto lo convierte en uno de los pocos deltas interiores del mundo; el 97% del agua que fluye a través de sus 15.000 km² de superficie se evapora y se filtra en las áridas llanuras del desierto del Kalahari. Rodeada de desierto y sequías, la cuenca del Okavango supone un oasis de agua y vida para personas y animales por igual. “En Botswana no hay vallas, absolutamente nada que delimite o separe la vida humana de la vida animal”. Nuestra sorpresa crece, y es que ya lo estamos notando:

Las noches no son menos impresionantes que los días. Nada nos separa de lo que hay fuera

en Botswana, las cosas se hacen de otra manera. Con el objetivo de reducir la huella al mínimo, en el delta no está permitido el uso de cemento o de cimientos a la hora de construir un campamento. Cuando se establece un *safari camp* en una concesión de tierra proporcionada por la República de Botswana, el responsable dispone de un tiempo limitado para demostrar el valor de su proyecto, los beneficios que este otorga a las comunidades que lo rodean y sus labores de conservación y protección de la fauna y la flora de la zona. Pasado un período, son los locales quienes decidirán, mediante voto, si el proyecto merece proseguir o no. En caso negativo, este ha de disolverse y desaparecer (literalmente) de la concesión en el plazo de siete días, sin dejar ni una sola huella, ni un solo ladrillo, ni un solo vestigio de su estadia en lo salvaje.

Pero basta de datos. Volvamos a Shinde. Nos levantamos a la vez que el sol y salimos dos veces al día, una a primera hora de la mañana y otra por la tarde. Lo que puede parecer repetitivo resulta ser todo lo contrario: cada día, la sabana orquesta una obra nueva, con distintos protagonistas y nuevas tramas. De vez en cuando, uno reconoce a un figurante que ya ha visto anteriormente como quien se topa con un viejo amigo. El escenario: charcos, estanques y agua, muchísima agua, por todas partes. Una mañana, Robbie, nuestro guía, nos sorprende con un safari a través de los canales, surcando en barca las silenciosas aguas enmarcadas por los densos matorrales de papiro que crecen a orillas del delta. Al final del día, copa de vino en mano, nos sentamos alrededor del fuego y compartimos nuestras crónicas salvajes con el resto de viajeros. Las noches no son menos impresionantes; nada, literalmente nada nos separa de lo que hay fuera. Los animales nocturnos campan a sus anchas por el campamento, y es habitual escuchar los sinuosos sonidos de los protagonistas de la noche a nuestro alrededor. Una hiena en la lejanía, el roar de las ranas o, si uno tiene suerte, el profundo y ►

gutural gruñido de un leopardo o un león. Una noche escuchamos las suaves y mullidas pisadas de un elefante, a escasos metros de nuestra tienda. Y así, sin darnos cuenta, esta se convierte en nuestra vida. La sabana despierta en uno un sentimiento casi primitivo, una emoción casi olvidada. Una pulsión latente que se enciende cuando los días consisten en salir a lo salvaje, en la emoción de la búsqueda, en observar, escuchar y en, simplemente, contemplar. Los días se suceden uno tras otro, y cada uno de ellos guarda una sorpresa, ninguno pasa desapercibido. Nos empezamos a acostumbrar a los despertares tempranos y la ausencia total de internet. La vida parece más ligera, el tiempo transcurre de otra forma y el objetivo del día es avistar con los prismáticos lo que puede suceder. Esa dinámica nos conecta con algo ancestral, como si realmente allí estuviera la esencia del todo, del disfrute y del ser. Solo importan el aquí y el ahora.

Con las retinas colmadas de elefantes, guepardos, hipopótamos, jirafas e infinidad de aves, mamíferos y reptiles, llega el alba del quinto día y toca despedirse. Un helicóptero de Helicopter Horizons nos recoge, al más puro estilo John Hammond, en medio de la llanura. De camino a la que será nuestra segunda mitad del viaje, hacemos una parada para conocer la labor de dos fundaciones que trabajan activamente para reducir el conflicto entre humanos y vida salvaje: Claws Conservacy, que ofrece estrategias de pastoreo que minimicen los incidentes entre depredadores y ganado, y Life with Elefants, en el pueblo de Eretsha, donde sus vecinos nos explican las astutas tácticas que los locales han ideado para proteger la cosecha de estos contundentes cohabitantes. Cabe recalcar que en 2014, debido a su drástica disminución a raíz de la fiebre del marfil, Botswana prohibió la caza del elefante. El gobierno levantó las restricciones en 2019 y, a día de hoy, emite una serie de cuotas anuales de caza. Pese a ello, en la actualidad, es el país con más elefantes del mundo, unos 132.000 ejemplares.

Tras unos 45 minutos de vuelo, el paisaje adquiere un color tostado y terroso. Los senderos en el agua y los charcos abren paso al barro y a la arena color ocre. Estamos llegando a Mokete. Situada en la depresión de Mababe, en el borde oriental del Delta, la llanura de Mokete representa la fuente de agua más cercana para miles de animales en la estación seca. Un auténtico espectáculo de la naturaleza que acontece en uno de los lugares más remotos y salvajes del planeta, con un único campamento en sus más de 50.000 hectáreas de superficie.

Mokete nos recibe con un cálido abrazo y una deliciosa comida. Nueve tiendas de lona y madera, sin paredes y completamente abiertas hacia el exterior, conforman este remanso de calma en medio de lo salvaje. Lo que viene a continuación es todo lo que esperábamos y más. A lo largo de los días, la naturaleza danza a nuestro alrededor. Nuestro guía, Jonah, es capaz de leer cualquier rastro en el polvo, por sutil que parezca. Imita el canto de los pájaros y ningún animal escapa a sus sabios ojos cuando estos otean la llanura. Las vastas praderas de Mababe acogen cada año a una de las mayores poblaciones de búfalo en todo el continente africano. Una línea infinita de motas oscuras y polvo que se extiende a lo largo de kilómetros en el horizonte. A nuestra pequeña compañía se suma Cobus Calitz, uno de los fundadores del proyecto. Cobus conoce cada rincón de la concesión como la palma de su mano y nos ayuda a entender en profundidad el valor de esta tierra indómita.

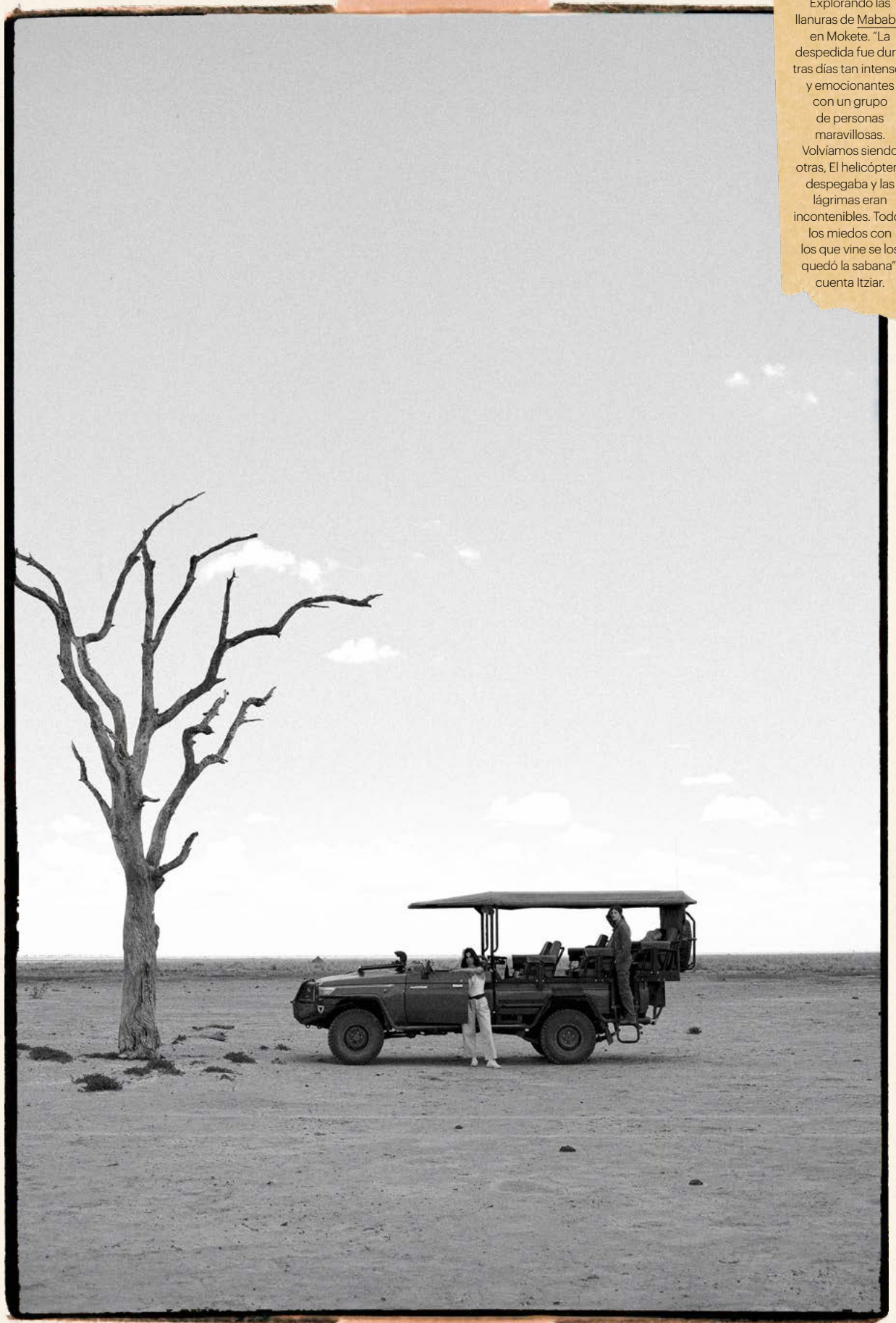
Al tercer día allí, Jorge y Jan, de Aventura África, nos hacen el mayor de los regalos. Tras el safari de la tarde, Jonah pone rum-

La vida parece más ligera, el tiempo pasa de otra forma; esa dinámica nos conecta con algo ancestral

bo hacia un pequeño islote de arbustos en plena planicie. En el centro, tres tiendas de campaña forman un hemicíclo que abraza a una cuarta, elevada sobre el techo de uno de los todoterrenos. Sí, vamos a acampar en medio de la sabana.

Cae el ocaso y preparamos un clásico Braai, que es como los sudafricanos se refieren a una buena barbacoa de leña. Asamos boniatos y preparamos los tradicionales Braaibroodjies, una especie de bocadillos de cebolla y tomates asados, queso cheddar y mermelada de albaricoque. Y así, sentados junto al fuego, observamos cómo el sol da paso a una luna inmensa, redonda y brillante. Antes de retirarnos, Jonah nos hace un gesto silencioso. A apenas cien metros de nuestro campamento, una inmensa procesión de búfalos avanza, silenciosa, en la noche. Inmóviles, con la luna como única linterna, los observamos pasar. Bajo el infinito cielo de estrellas, rodeadas de los sonidos y rumores de la sabana, pasamos la noche en nuestra tienda elevada. Un leve crujido en la hierba, el susurro de las hojas y el suave murmullo de los habitantes de la noche nos acompañan. De vez en cuando, unos ojos brillan en medio de la oscuridad. No hay sensación igual. Siempre atesoraremos esta como una de las noches más sobrecogedoras de nuestras vidas.

La última noche, el equipo de Mokete prepara bailes y cantos al rededor del fuego. Hablando con Yumpie, otro guía local, le preguntamos cuál ha sido su día más especial en la sabana. “Cuando me despierto, digo que hoy va a ser el mejor día de mi vida. Me gusta pensar así, porque el último de mis días habrá sido el mejor de todos”, nos obsequia como respuesta. El sol nos recibe en la décima mañana y nos despedimos, no sin derramar lágrimas, de este rincón del planeta. Antes, un último safari matinal nos hace el gran regalo de despedida: un encuentro con el elusivo guepardo. Y así, con el alma llena, toca marchar sabiendo que somos otras. Botswana es un sueño del que no queremos despertar. ♦



Explorando las llanuras de Mababe, en Mokete. “La despedida fue dura, tras días tan intensos y emocionantes con un grupo de personas maravillosas. Volvíamos siendo otras. El helicóptero despegaba y las lágrimas eran incontenibles. Todos los miedos con los que vine se los quedó la sabana”, cuenta Itziar.